

LIBRERO

Sueños vivos

Narrativa — Continuación

Presentamos la continuación de *Sueños vivos*, ganador del Concurso Interno de Cuento de la Benemérita y Centenaria Escuela Normal Urbana Federal “Profr. J. Jesús Romero Flores”. La primera parte puede ser leída en la sección El librero de [Somos Normalistas #5](#)

Por Josué Bethel González Pascual

Cuando anocheció, después de pasar un día que jamás iba a olvidar, se acostó con ella en el sillón de la sala y, cansado, se dispuso a dormir.

—Oye, ¿pero qué haces?—preguntó asombrada—. ¡No puedes dormir! Ya sabes lo que pasará... y no quiero irme de aquí.

—Bueno sí, lo sé. ¡Pero puedo traerte de regreso!—respondió tratando de calmarla.

La mujer lo vio a la expectativa, sus ojos parecían mostrar confianza, inseguridad, anhelo, misterio. El hombre no podría saberlo.

—No, quiero quedarme aquí.

—¡No puedo hacer nada! —replicó él—. Te traeré de nuevo, lo prometo.

—¡Espera! Sí puedes hacer algo. Conozco una manera.

—¿De verdad?

—De verdad. Ven, acércate.

Entonces la mujer le tomó con delicadeza la barbilla y acercándose, lo besó suavemente. Apretó con sus dientes los labios del sujeto, cautelosa y muy cálida. Mientras esto sucedía, sus manos se deslizaron lentamente de la barbilla al cuello. Ahí sus dedos jugaron un rato y de un momento a otro, apretaron con fuerza. El hombre trató de quitarse esas manos delgadas que lo estrangulaban con una fuerza impresionante, pero justo cuando lo estaba logrando, la mujer se fue a su

espalda y comenzó a ahorcarle con el brazo. La presión aumentó considerablemente, el hombre sentía que en cualquier momento el cuello se le quebraría. Desesperado, en dirección a su espalda corrió a la pared. Golpeó varias veces, cada una más fuerte que la anterior. Su cara se tornaba roja por no poder respirar. Un chillido crecía en su cabeza, se sentía más débil, pero aun así no dejó de luchar y en uno de esos tantos golpes, la cabeza de la mujer impactó contra la pared y sus brazos dejaron de hacer presión.

El hombre, aún jadeando, dio la vuelta, observó al cuerpo inerte y decidió que nunca más traería a alguien de los sueños. Este suceso lo había marcado, supo lo peligrosa que podía ser su capacidad y no quiso volverla a ejercer. Tuvieron que pasar varios meses para que lo hiciera de nuevo y a veces perdía el control. De pronto ya no sabía que estaba soñando e iba a lugares terroríficos, estaba con personas escalofriantes, con los peores monstruos. Sus pesadillas recurrían, en especial, a una extraña silueta de forma humana sin rasgos visibles. Era alta y delgada, sus movimientos lentos y luego rápidos querían atraparlo. En una ocasión, justo cuando había perdido el control, la silueta lo atrapó y el hombre aterrado por no tener escapatoria, despertó. Lo que vio en la realidad lo aterró todavía más. Había cometido un grave error.

La silueta estaba parada al lado de la cama, lucía más alta y entre el silencio de la noche se escuchaba su respiración lenta y pausada. La luz de la luna que entraba por la ventana, la iluminaba de forma tal que sus movimientos proyectaban una sombra en las paredes del cuarto. El hombre estaba paralizado, no podía mover un dedo. Cerró los ojos e intentó dormir,

pero el miedo lo tenía apoderado. Cada entraña de su cuerpo temblaba y era imposible en ese momento reconciliar el sueño. Silencio. No debía respirar, la silueta no debía saber que estaba ahí. Parecía confundida, no se había movido desde su aparición.

El hombre no pudo más, respiró lento esperando que no lo oyera, pero al hacerlo, un par de gritos ahogados salieron de su garganta involuntariamente. El espectro volteó de inmediato y con un movimiento casi imperceptible, le golpeó el torso. El impacto lo dejó sin aire, pero unos segundos fueron suficientes para que pudiera reaccionar. Aún adolorido se tiró al piso y vio la oportunidad de salir, así que arrastrándose salió del cuarto y corrió en dirección a la puerta principal. Al llegar la encontró asegurada, así que en medio de la oscuridad, buscó, temblando, en la pared, la llave indicada sin resultados. Escuchaba los pasos de la silueta cada vez más cerca. El frío se incrementaba en la medida en que se acercaba.

Después de lo que le pareció una eternidad logró encontrar la llave, apurado la introdujo en la cerradura; dio una vuelta, otra, pero no alcanzó a abrir. En ese momento un frío intenso cubrió toda su espalda. Giró la cabeza y aterrado vio que ya se encontraba detrás de sí. Todo alrededor oscureció a un tono que él jamás habría imaginado. Sintió de pronto cómo sus pies dejaban de tocar el piso. Esa cosa lo elevaba alto, hasta el techo y luego lo aventó hacia una precipitada caída que le hizo golpearse en la cabeza y perder la conciencia.

No supo cuánto tiempo estuvo tirado en el piso, dudó si lo ocurrido había sido real, pero por el dolor tan fuerte que tenía en todo el cuerpo, supo que no lo había imaginado. Al tocarse la

cabeza se encontró con una protuberancia justo atrás. Realmente estaba herido. En esta ocasión el peligro había sido mayor y si la silueta no lo hubiera lastimado de tal forma, probablemente lo hubiera matado. El hombre deseó jamás haber tenido la capacidad de traer cosas de los sueños. La odiaba, tenía miedo de ella y por esto dejó de utilizarla por mucho tiempo. Pasaron unos cuantos años y si es que por accidente no se traía algo de los sueños, incluso olvidaba que tenía tan rara capacidad.

El día en que las cosas volvieron a cambiar fue cuando su madre falleció. Él sabía muy bien que en los sueños podías encontrarte a personas que ya habían muerto, así que el mismo día en que la enterraron empezó a practicar de nuevo. Recobrar la confianza no fue fácil. Los primeros días despertaba frustrado por el inmenso esfuerzo que implicaba recordar estar soñando. Pasaron varias semanas hasta que poco a poco fue recuperando lo aprendido; empezó a ser mejor y más temprano que tarde, se encontró abrazando y platicando con su mamá.

—Hijo, hay muchos peligros en lo que haces. No deberías haber venido así conmigo.

—¿Eh? ¿Pero qué quieres decir con eso, mamá?

—Ya lo sabrás en tu momento. Aquí no pertenecemos y por eso debes irte.

Y sin decir más palabras, la madre desapareció. El hombre, no teniendo opción, se fue a otro lugar y caminó casi inconscientemente, como si el lugar le atrajera, a un pequeño lago escondido en un bosque. Tentado ante la idea de meterse al agua, fue al punto más alto que encontró y se lanzó directo al centro. Allí nadó un rato hasta que curioso por nadar más profundo, se sumergió completamente y comenzó a ir hacia abajo. Avanzaba rápido y aunque sabía que ahí no necesitaba respirar, tenía la necesidad de salir pronto. Siguió nadando unos cuantos metros en vertical y de pronto, salió a la superficie. No había curvado en ningún momento, lo que debía ser el suelo, era otra superficie de agua. Al acostumbrarse a la inmensa luz que allí había, notó que ese lugar no era un bosque, ni una ciudad ni nada que alguna vez hubiera visto. Era un lugar totalmente en blanco, vacío a excepción del lago que ocupaba un pequeño espacio, como un oasis en medio de la nada.

El hombre, asombrado, decidió explorar un poco. Nadó hacia un extremo del lago y salió de él observando todo a su alrededor. Había algo que le atraía fuertemente de ese lugar. Sin embargo, al no encontrar nada, decidió despertar, pero no pudo hacerlo. El lugar le produjo de repente un mal augurio y quiso irse inmediatamente. Cuando quiso entrar al agua, el

líquido actuó de forma sólida. Trató de despertar una vez más, pero un bloqueo se lo impedía. Sabía que no era cosa de él, nada había cambiado. Todavía lo estaba intentando, ya frustrado, cuando lo hallaron cinco personas que no parecían humanas. Hablaban un idioma que él jamás había oído, pero sorprendentemente, lo entendía: "Sigue intentando, eres más fuerte que él", "apresúrate, lo veo venir", "¡tienes que despertarte!".

Asustado, vio cómo iban llegando cada vez más personas, aunque no sabía si llamarlas así. No parecían humanas ni de una sola especie. Una multitud de todas partes se halló concentrada en ese lugar y una tras otra, las voces se sumaban en su cabeza. Ya no era capaz de entender nada. El ruido aumentaba, estaba desesperado, a punto de explotar y no soportó más, gritó tan fuerte que sintió como si sus cuerdas vocales se despedazaran. En un abrir y cerrar de ojos, estaba despierto, lo percibía. Había aprendido cómo se sentía en cada uno de los planos, las diferencias y sabía que ya no estaba soñando. Sólo que no despertó en su cuarto, se hallaba sentado en un sillón de una sala rústica en una casa que parecía tener más de cien años sin uso. En las paredes se encontraban fotos de un señor de edad, con canas, sonriendo en diferentes lugares del mundo.

—¿Sabes?—dijo una voz ronca—, nunca he ido a ninguno de esos lugares en realidad. Me las tomé mientras soñaba y al despertar me las traje. Qué ingenioso, ¿no crees?

El hombre volteó y observó al mismo viejo de las fotografías parado en la entrada de la sala. Parecía tener una edad avanzada por las arrugas de su rostro, pero su porte y manera de caminar indicaban todo lo contrario. Permaneció unos instantes parado hasta que se acercó y estaba por decir algo cuando el hombre lo interrumpió.

—¿Qué hago aquí? ¿Cómo es que me has traído con todo y cuerpo?

—He aprendido un par de trucos.

El hombre estaba sorprendido. Jamás había pensado en que eso fuera posible; intuía que debía haber demás personas con su mismo poder, pero nunca contempló que alguien pudiera llegar a tal nivel de desarrollo. Quiso preguntarle cómo es que lo había logrado, pero en cambio, dijo una pregunta que le intrigaba mucho más:

—¿Cómo sabías que yo tengo la capacidad?

El viejo no respondió.

—Eh, ¡contéstame! ¿Has sido tú el responsable de mi último sueño?

Al querer pararse del sillón se vio inmovilizado por una fuerza extraña. De pronto era como si pesara toneladas y no pudiera mover ni un céntimo de su peso. El viejo con una mirada

retadora y una sonrisa que mostraba bastante seguridad, se acercó al hombre y le apretó con tres dedos la frente gritando cinco palabras de la lengua prohibida. Todo alrededor se iluminó y el hombre se sintió desaparecer.

Cuando abrió los ojos no pudo ver nada, seguía cegado por la incandescente luz; sin embargo, sabía que no estaba en casa y que tampoco seguía en la del viejo. Conocía muy bien esa sensación: la de estar en un plano donde no existe el tiempo. Estaba en los sueños. Cuando sus ojos se adaptaron al cambio, vio que se encontraba, específicamente, en aquel lugar de donde no había podido salir. Todo alrededor era blanco, sin nada más que el lago y al querer entrar en él, el agua actuó igual que antes, parecía de concreto. Ni siquiera lo mojaba.

Entonces intentó despertar, pero tampoco pudo. Ya no sentía su cuerpo en el plano físico, la conexión que antes había, ahora le era imposible sentirla. "No despertaste a tiempo, amigo", escuchó en su mente.

—¿Quién eres, qué me pasó?!—gritó aterrado—.

¡Ayuda!

Nadie respondió. El hombre siguió intentando y con cada esfuerzo que hacía, la esperanza se iba apagando un poco más hasta que llegó un punto en que desapareció por completo. La cruda realidad era que no podía volver. Estaba condenado a estar en ese espacio para siempre, lo sabía en su interior. No obstante, cuando ya estaba resignado a su destino, el lago mostró bastante movimiento. El agua se alzaba y bajaba precipitadamente formando enormes olas.

Un viento que no provenía de ningún lugar soplabla en todas direcciones y un quejido, casi imperceptible, se oía por todo el espacio. El hombre se acercó al lago y con una esperanza de que sucediera, metió el pie al agua. Entró. Entonces siguió corriendo y cuando sus pies dejaron de tocar el piso, empezó a nadar contra las olas hacia el centro y allí se sumergió en picada. Nadó con una velocidad impresionante; rápidamente avanzó varios metros hacia abajo. No dejaba de pensar que podía ser libre. A lo lejos, el hombre vio la otra superficie e intensificó esfuerzos. Con cada brazada que hacía, un pensamiento se incrementaba: debía recuperar su cuerpo a como diera lugar. Estaba decidido a recorrer, si así fuera necesario, todo el plano de los sueños con tal de encontrar la forma de volver, pero ésa, queridos lectores, ya es otra historia. ■

Josué Bethel González Pascual es estudiante de segundo semestre de la Benemérita y Centenaria Normal Urbana Federal "Profr. J. Jesús Romero Flores", de Morelia, Michoacán.

Lee la primera parte del cuento, aquí:



leer

<http://www.dgespe.sep.gob.mx/gaceta>